

Real Academia de Bellas Artes
y Ciencias Históricas de Toledo.

— Notas para el estudio de la Prehistoria,
Etnología y Folklore de Toledo y su provincia

Discurso de recepción leído en la Real Academia
de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo,
por el Académico electo,

D. ISMAEL DEL PAN,
Catedrático del Instituto,

ILMO. SEÑOR,

SRES. ACADÉMICOS,

SEÑORAS, SEÑORES:

Hace ocho años, llegaba yo a Toledo en una tarde invernal, con un frío glacial, y una lluvia menuda que calaba los huesos y hacía más intenso el frío. En un coche fantástico, por sus dimensiones, por lo desvencijado y por lo capaz de acabar con todas las vísceras de mi cuerpo, merced al masaje vibratorio de sus desconcertados movimientos, trepé hasta Zocodover.

Allí descendí en compañía de mi equipaje, y de la lluvia, que seguía cayendo. Contemplé unos instantes la legendaria plaza, miré en derredor, y os confieso que no sé si por los efectos del viaje o del ambiente, me acometió una melancolía, sin límites, y créime en medio de la más espantosa soledad. Hasta el Alcázar comunicóme el supersticioso terror de su ingente magnificencia, y creí que avanzaba, hacia mí, para aplastarme con su mole de piedra. Huí de allí, después de averiguar el domicilio del Director del Instituto, pues venía a tomar posesión de mi cátedra, y también debo haceros otra confidencia: que durante el trayecto, no se apartaban de mi memoria unas palabras que, con irónica

compasión, me dijo en el tren, un viajero, al saber que yo venía a Toledo: «Del toledano, guárdate tarde o temprano».

Bajo estos auspicios entraba yo en Toledo, y recorría el camino que me separaba del domicilio del Director del Instituto. Fuí a parar, a la postre, a un callejón, que más bien semejaba una grieta, abierta por algún terremoto, en la medianería de dos casas contiguas. Era el «Callejón del Lucio». En ese simulacro de calleja, hubiera sido difícil decir cuál era la acera de enfrente, porque su anchura se abarcaba con los brazos, y el horizonte que se divisaba desde el fondo de aquella garganta urbana, era un pedazo de cielo del ancho de una serpiente.

Al fin, en su modesta hospedería del «Callejón del Lucio», me avisté con mi futuro Director. Era éste D. Ventura Reyes y Prósper, sabio y santo varón, «padre de los pobres», según le calificó un pilluelo que, encaramado en el estribo del coche, subió hablando, conmigo, desde la estación a Zocodover. Desde el primer momento, me cautivó la conversación de D. Ventura, en la que insensiblemente vertía el contenido de su inmenso bagaje cultural. Y hasta me pareció que hacía mucho tiempo que ya éramos amigos, al contemplar aquel rostro, luengamente barbado, que tenía la tranquilidad del justo y la serenidad del sabio, y en cuyo dulce mirar, existía la atracción de una simpatía fraternal.

Difícil me pareció que la gran humanidad de D. Ventura, que muy bien pasaría de los cien kilos, pudiera contenerse, a su paso, por tan estrecho callejón, como en el que habitaba, pero aún me pareció más imposible que aquel talento privilegiado, aquel corazón noble y aquella alma tan grande, pudieran haber permanecido secuestrados, más de veinte años, en el estrecho recinto moral de una capital de provincia, aunque ésta tuviera tanto arte y tanta historia como Toledo.

Largamente me habló tan docto Catedrático de las joyas artísticas de la ciudad, de su historia, de sus tradiciones, de lo que representa ante el mundo entero. Enumeró algunas de sus ventajas, incluso la de la proximidad a la Corte de España. Pero yo no acababa de convencerme.

—Mire Ud., D. Ventura—le dije yo—, no concibo a Toledo más que como museo. Yo vine, en cierta ocasión, de turista, y pasó un día bueno. Pero, a la verdad, para vivir aquí, continuamente, se necesita tener alma de asceta o asimilarse el espíritu

de Diógenes, con su tonel y todo. Aquí quisiera yo ver a esos señores, que recorren el Toledo monumental en automóvil, o a algunos doctos Académicos que cantan sus bellezas desde Madrid y lo toman, si acaso, como objeto de estudio, durante sus correrías de veinticuatro horas....

Don Ventura me miró con suave benignidad, y yo adiviné, en aquella expresión, el efecto de mis profanadoras ideas. Sonrió, con placidez, y cuando yo esperaba una respuesta que rectificase, por completo, mis palabras, hubo de decir:

—Tiene Ud. razón. Toledo es una población incómoda, fea y, hasta si Ud. quiere, desaseada. Pero, en vez de guardarse de los toledanos, gente buena, a carta cabal, guárdese del ambiente espiritual de Toledo, que, conforme se vive, más se infiltra en el alma, y convierte en prosélitos, entusiastas, a los más recalcitrantes detractores. Créame, si piensa Ud. salir de aquí, hágalo pronto, porque si deja Ud. pasar un año, será Ud. con Toledo para toda la vida. Tome ejemplo de mí, que soy en Toledo más seguro que el Tajo.

Con esta profecía, que para mí tenía, entonces, poco de agradable, terminó su amena charla mi sabio compañero. Despedíme, yo, resignado, aunque no convencido, y zozobrando en mi marcha por el desigual empedrado de las rúas toledanas, me encaminé al hotel, madurando el plan que más posibilidades me ofreciera para salir pronto de la vieja ciudad. Aquella noche me acosté descorazonado; las palabras de D. Ventura me habían dejado más helado que el ambiente; y eso que, al meterme entre las frías sábanas de mi cama, no pude menos de recordar la anécdota del Doctor Thebussen, y decir con él: «Noche terrible, la que estarán pasando los Canónigos de la Catedral».

.....

.....

.....

¡Qué ajeno estaba yo, entonces, Sres. Académicos, de que llegara un día en que pudiera encontrarme en vuestra presencia! Pero pasó el año a que aludió D. Ventura, y se cumplió el vaticinio de aquel hombre eminente que, como todo hombre grande, tenía mucho de profeta. Tras de aquel año, han seguido otros de permanencia en Toledo, y «sus horas», como diría Vegue y Goldoni, eximio toledano, han ido destilando en mi espíritu la refinada esencia de su arcaica seducción.

Hoy puedo deciros, ya, que no tomaría tan presto mi maleta para salir de Toledo, por los mismos motivos que me impelían a llevarlo a cabo el día que llegué. Mi equipaje está, ahora, plétórico de emociones toledanas, que me ligan a vuestro sentir y a vuestro pensar. En vuestra ciudad he visto acrecentarse el bagaje sentimental de los recuerdos; en ella han transcurrido los días felices de las primicias de un hogar; algunos de mis hijos vieron la luz primera, al cobijo de las legendarias ruinas de vuestro Toledo, y, por último, en ella recibo, también, el inmerecido homenaje de vuestra hidalguía y hospitalidad, ofreciéndome un puesto en esta Real Academia, en donde la sabiduría y el talento de tantos ilustres Académicos, cuya valía se refleja en el mérito de sus publicaciones, obscurecen el tenue fulgor de luciérnaga de mi escaso valer intelectual.

Considerad, pues, las causas de mi evolución ideológica, respecto a Toledo, y ellas os reflejarán la cuantía de mi gratitud. Perdonad si, hasta hoy, supe resguardarme de las flechas de la galantería y gentileza de tantos queridos amigos, Académicos de esta docta Corporación, que solicitaban mi modesto concurso en las tareas de acendrado toledanismo y amor al estudio del arte y de la historia de Toledo. Pero debo advertiros que, así como la fruta debe cogerse cuando está madura, los hombres que aceptan cargos, como éste con que me obsequiáis, deben hallarse, también, en plena madurez de edad y de conocimientos. Ninguna de estas condiciones he logrado aún reunir; pero, pues que vosotros lo queréis, sea: y ya podéis empezar a arrepentiros de haberme admitido en vuestro seno.

Puesto ya a recibir el espaldarazo de vuestra culta mano, como cruzado de este ilustre Capítulo de la Investigación histórica toledana, permitidme que, por unos instantes, fije mi atención en el puesto que me habéis reservado.

Cuando pregunté quién era el Académico a quien yo iba a sustituir—suponiendo, desde luego, que había pasado a mejor vida—, me encontré con la grata sorpresa de que era un señor que seguía perteneciendo al mundo de los vivos. Y os reitero que me sorprendió, muy gratamente, porque no me hubiera hecho ninguna gracia escalar, de favor, ningún puesto que dejara vacante la Parca. Así, en la situación actual, aún me queda el recurso, cuando os convenzáis de que no sirvo para estos menesteres, de invitar otra vez al Académico que, por su voluntad, dejó

el sillón vacío, a que vuelva de nuevo a ocuparlo, lo que no sería fácil hacer con un muerto.

Mas, si como os digo, me satisface, altamente, sustituir a un Académico lleno de vigor y de vida, eso mismo me pone en grave aprieto, en estos instantes, tratándose de la persona de don Verardo García Rey, Comandante Profesor de la Academia de Infantería, de mérito intelectual reconocido, no ya en Toledo, sino en toda España y en el extranjero. Desde luego, que sería interesantísimo hacer aquí la biografía de este ilustre militar, a quien tanto deben las letras españolas; pero es empresa superior a mis fuerzas, porque todo cuanto pudiera decir sería pálido reflejo de su saber y de su bondad y, además, porque, según oí decir a un monaguillo de la Catedral, diestro en su oficio, es muy difícil manejar el incensario en las misas de Pontifical.

Yo, por ahora, me limitaré a decir aquí que, como formador espiritual de la juvenil población del Alcázar de Toledo, es uno de los profesores de ese Centro más capacitados en su materia, y de los que han cosechado más sazonados frutos pedagógicos.

No puedo entrar, tampoco, en pormenores respecto a su labor como publicista. Todos, mejor que yo, le conocéis en este sentido, pues muchos de sus trabajos figuran en el *BOLETÍN* de esta Real Academia, y otros han sido justamente laureados en concursos y certámenes.

El extraordinario afecto con que me distingue nuestro Director, Ilmo. Sr. D. Teodoro de San Román, y los distinguidos Académicos que me propusieron para el cargo, me hace creer que mi modesta persona viene a llenar un vacío en la Corporación, por lo que se refiere a los estudios de Prehistoria y Etnología toledanas. Pronto habéis de ver cómo el hueco que pretendéis llenar resulta demasiado holgado para mí. Entre tanto, dadme licencia para que hoy os presente el boceto del cuadro que ofrece la provincia de Toledo, al prehistoriador y al etnólogo, con el siguiente tema:

— Notas para el estudio de la Prehistoria,
Etnología y Folklore de Toledo y su provincia.

Prehistoria toledana.

Todos los pueblos del linaje humano, antiguos y modernos, al penetrar en la intrincada maraña de su historia, tropezaron con el magno problema de sus orígenes. La Humanidad, siempre niña, no obstante ser tan vieja, se sigue preguntando, impertérrita, de dónde viene y a dónde va.

Y de vez en vez, como niño curioso, que nada sabe y todo se lo explica, han intentado los hombres de todas las épocas, dilucidar cómo fueron sus más remotos ascendientes, pretendiendo iluminar, con la mezquina luz de su pobre intelecto, las tenebrosidades de la vida del hombre primitivo.

Reconstituir el primordial armazón de huesos y músculos, arquetipo hominal de nuestra estirpe, entrevisto en los sueños de la fantasía, más que alcanzado en la realidad, fué siempre el inquietante ideal de muchos de los genios de todas las edades. Y aún fueron más allá, intentando descubrir las actividades y manifestaciones espirituales de nuestros remotos antepasados, para llegar a conocer su historia. Pero para alcanzar este conocimiento faltábales el arma de combate del historiador: el documento. Y estos documentos de la historia del hombre primitivo, hasta hace pocos años, ha venido guardándolos, recelosa, en su seno, la Tierra, cuna de la Humanidad y, a la vez, piadosa madre, que aguarda expectante el fin de aquélla, para envolverla en su sudario.

Hé aquí por qué la Prehistoria, o sea la historia del hombre primitivo, no pasó de ser otra cosa más que un bello presentimiento en los poetas y filósofos griegos y romanos, aun cuando entre éstos, sobre todo en geógrafos e historiadores, se vislumbran algunas felices intuiciones, encaminadas al esclarecimiento de tan interesante problema. Yo me hubiese atrevido a citar, de no suponerlos de sobra conocidos, aquellos versos de Lucrecio en los cuales, con una maravillosa visión de la vida en la primitiva humanidad, hace alusión a sus armas de madera y de piedra,

al incomparable descubrimiento del fuego y al paso gigantesco en la aurora de la civilización, con el laboreo del hierro y sus aplicaciones, al perfeccionamiento del trabajo humano. Pero tanto en este poeta latino, como en Horacio y en los historiadores y geógrafos, Plinio, Diodoro y Estrabón, la luz proyectada sobre la historia del hombre primitivo, apenas fulgura, cuando ya se extingue.

Muchos siglos transcurren hasta que MIGUEL MERCATI (1), a final del siglo XVI, destruye la leyenda de las «piedras de rayo», tejida en torno del casual hallazgo de hachas neolíticas, atribuyéndoles, con más cordura, el papel de armas defensivas de los prehistóricos, anteriores a la edad del hierro.

Y aún pasan tres siglos más, hasta que BOUCHER DE PERTHES, que bien podemos apellidar «padre de la Prehistoria», extrae de las capas diluviales las primeras hachas de sílex, utilizadas por el hombre prehistórico. Desde entonces, la Prehistoria es captada por la Paleontología y las ciencias naturales, con su método experimental e investigador, ayudan a la Historia a penetrar, con paso seguro, en sus orígenes. Dentro de esta fase científica de la Prehistoria, los nombres de LARTET, MORTILLET, PIETTE, CARTAILHAC, BREUIL, BOULE, OBERMAIER, SAUTUOLA, EL MARQUÉS DE CERRALBO, CABRÉ, HERNÁNDEZ-PACHECO, LEITE DE VASCONCELOS, FONTES, CORREIA y otros, son la fulgente estela del progreso en esta rama del saber.

Puesta ya en manos de naturalistas, la Prehistoria deja el terreno de la fantasía para convertirse, si no en una tangible realidad, por lo menos, en una halagadora esperanza de verdad humana. Las excavaciones de grutas y graveras, proporcionan sensacionales descubrimientos de objetos materiales de información, los que, estudiados con un criterio geológico y biológico, expanden viva luz sobre la cronología primitiva, así como sobre los caracteres físicos, intelectuales y morales de los primeros hombres, ante lo cual retrocedió, hasta entonces, espantada la Historia, poseída del vértigo de lo desconocido.

Si esto ocurrió a los grandes historiadores de todos los tiempos, no es de extrañar que así les ocurriese, también, a los historiadores de Toledo, cuyos orígenes y primitivos pobladores que-

(1) M. MERCATI. *Metalloteca, opus posthumum*. Roma, 1717, pág. 243.

daron siempre envueltos en las nieblas de la más variada fantasía.

Así, sin ir muy lejos, ni ser prolijo en citas bibliográficas, recordemos los extravíos de ALCOCER y PISA, y las exageraciones del CONDE DE MORA al bucear en los abismos de la primitiva historia de Toledo. Héroe bíblico o mitológico se disputan, en los libros de los referidos autores, el origen ancestral toledano, con la misma escasa fortuna de los historiadores, que pidieron auxilio, en su éxodo prehistórico, a los antiguos textos griegos y hebreos.

Esfuerzos laudables, pero infecundos, porque aún no albo-reaba el siglo XIX, que con su culto a la Razón, originaría víctimas lamentables por todo hombre de corazón, turbulencias y algaradas, sensibles a todas luces, pero en cuyo siglo las ciencias experimentales, entre las que se cuentan las ciencias de la Naturaleza, habían de alcanzar desarrollo gigantesco e inusitado esplendor, proporcionando con su adelanto, inmenso bienestar a la Humanidad y luz vivísima para la investigación de sus orígenes.

Uno de los más ilustres historiadores de Toledo, ANTONIO MARTÍN GAMERO, inquiría, también, en la segunda mitad del siglo XIX, quiénes pudieran haber sido los primitivos pobladores de Toledo y su provincia, y aunque no poseído, por completo, del criterio científico que hoy informa el estudio prehistórico, ya muestra atisbos razonables de lo que pudo ser la Prehistoria en esta provincia. A tal efecto, veamos cómo se expresa en su obra *Historia de Toledo* (1) refiriéndose a los orígenes de la ciudad imperial.

«Sin embargo, no se nos resiste mucho el creer que nuestra ciudad fué originariamente una población celta, que en sus principios debió ser sólo un pequeño, tal vez pobrísimo, aunque bien defendido, albergue de pastores de la Carpetania, quienes es de presumir vendrían con sus ganados a esta comarca, y hallándola foraz, labrarians chozas o cabañas en los encumbrados riscos para guarecerse en ellas de noche, después de haber discurrido de día por los dilatados y frondosos cármenes del Tajo en busca de caza y alimentos. La indudable fertilidad del término y las abundantí-

(1) ANTONIO MARTÍN GAMERO. *Historia de Toledo*. Parte I. Libro I, pág. 103. Toledo, 1862.

simas aguas que le bañan por todas partes, pudieron contribuir a que aquella raza, errante y movable como la clase de riqueza que de ordinario atesoraba, ya satisfecha con las ventajas que le proporcionaba nuestro suelo, dejara la vida aventurera y levantase los primeros fundamentos de este aduar, que en lo sucesivo había de llegar a ser una población numerosa e importante.» Hasta aquí las palabras del historiador toledano.

Pues bien, prescindiendo del origen celta que atribuye a Toledo, cuya idea no está de acuerdo con los hechos arqueológicos, ¿no se ven, acaso, en sus apreciaciones las fases evolutivas de la Prehistoria en Toledo?

Yo leo en esas mismas palabras de MARTÍN GAMERO, una sintética narración de la vida del hombre paleolítico, ribereño del Tajo, con su andar errante, en pos de la caza y de la pesca, que constituían su primordial alimento. Veo sus campamentos, al aire libre, a orillas del río, junto a los manantíos o en los altozanos de vegetación rala y esteparia, como centros de sus correrías para buscarse el sustento. Y veo, en el transcurso milenario, tomar posesión, de los entonces ubérrimos y virginales campos toledanos, a otras tribus, ya más adelantadas, conocedoras de la agricultura y de la ganadería. Llega hasta mí el eco de sus luchas por la posesión de la tierra, y percibo sus afanes de conquista y dominación que les lleva a trasladar sus viviendas a las culminaciones y a los riscos, fortificados por la naturaleza, y ya en plena edad de los metales, comenzar su vida en el peñón neisico, la gloriosa Toledo, de la que con razón dijo LOPE DE VEGA miles de años después: «ciudad en el corazón de España, fuerte por su sitio, noble por su antigüedad».

Era natural que MARTÍN GAMERO no fuese, en cronología, más allá de lo que le dictó su razón y su genio, para la modalidad biológica de los aborígenes toledanos. Pero es que en su tiempo, las investigaciones prehistóricas no habían llegado en España al apogeo de hoy. Gracias a ellas, podemos saber, en la actualidad, que la Península ibérica llevaba ya poblada por el hombre primitivo, ¡¡muchos millares de años antes de la era cristiana!! Y que por la naturaleza, de los hallazgos de sus instrumentos domésticos, de combate y artísticos, la prehistoria española puede considerarse dividida en los siguientes períodos: Paleolítico, Neolítico, Período del Cobre, del Bronce y del Hierro.

Paleolítico.—¿Hay en la provincia de Toledo vestigios del hombre del período Paleolítico? Es un hecho confirmado que aquellos ancestrales paleolíticos, de enorme y alargada cabeza, sostenida por un tronco robusto y corto, de frente huída, cara alargada en hocico, mirar duro e inflexible, músculos bestiales y encorvado andar, se diseminaron en tribus y clanes por la provincia de Toledo, estableciendo pasajeros campamentos, al aire libre, en las arroyadas y junto a los ríos de mayor caudal, como el Tajo, en lomas, altozanos y cerros donde abundaba la caza, y en general, allí donde la naturaleza les ofrecía agua para apagar su sed, alimento proporcionado con el azar y la emoción cinegética, y un abrigo natural o construído, a poca costa, y toscamente, donde refugiarse y defenderse de las acometidas de los animales.

Aun cuando la provincia de Toledo es, quizá, una de las menos estudiadas en su prehistoria, hoy se pueden señalar, ya, indudables restos de las industrias pétreas del hombre paleolítico. El yacimiento paleolítico, primeramente dado a conocer en esta provincia, es, si no me equivoco, el de Illescas. El ilustre geólogo y Catedrático de la Universidad Central, D. LUCAS FERNÁNDEZ-NAVARRO, halló en los *Cerros del Prado*, a un kilómetro al S. E. de Illescas, pedernales tallados por el hombre primitivo (1). Dicha talla, hecha intencionalmente, percutiendo cantos rodados de pedernal, con otros mayores del mismo material litológico, originó instrumentos, tales, que servirían a los prehistóricos acampados temporalmente en Illescas, para hender, raspar y perforar las pieles, los huesos, y partes duras de los animales de caza y aun para diversos usos domésticos.

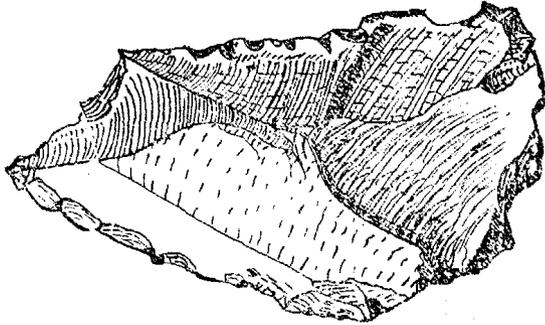
Una nueva y posterior correría por los *Cerros del Prado*, en *Illescas*, llevada a cabo por FERNÁNDEZ-NAVARRO (2), el célebre prehistoriador OBERMAIER y su discípulo P. WERNERT, dió por resultado la colecta de unos sesenta instrumentos de pedernal, todos ellos trabajados por el hombre prehistórico, dándoles formas de lascas, puntas, raederas, raspadores, etc. ¿Cuál era la época en que fueron tallados esos pedernales, dentro de la edad de la Piedra tallada o Paleolítico? De las dos mitades, superior e

(1) L. FERNÁNDEZ-NAVARRO. *Nuevos yacimientos de objetos prehistóricos*. "Bol. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.", T. VIII, pág. 277. Madrid, 1908.

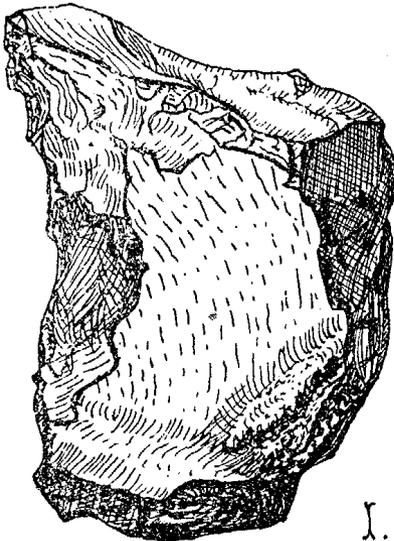
(2) L. FERNÁNDEZ-NAVARRO y P. WERNERT. *Silex tallados de Illescas (Toledo)*. "Bol. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.", T. XVII, pág. 108. Madrid. 1917.

inferior, que estratigráficamente pueden distinguirse en dicho período, los autores que estudiaron los sílex de Illescas, nos

I.P.



Núm. 1.—Lasca musterlense, de Illescas.
(Según Fernández-Navarro y P. Wernert.)



I.P.

Núm. 2.—Raedera musterlense, de Illescas.
(Según Fernández-Navarro y P. Wernert.)



Núm. 3.
Raedera musterlense,
de Illescas.
(Según Fernández-Navarro
y P. Wernert.)

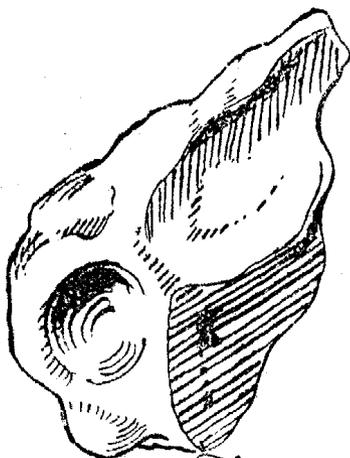
dicen que hay instrumentos pertenecientes a una de las subdivisiones del *Paleolítico inferior* (Musterlense) y piezas pertenecientes al Magdaleniense, última subdivisión del *Paleolítico superior*.

Cuando me hallaba ocupado en la redacción de este trabajo,

los señores JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS y FIDEL FUIDIO (Marianista) han presentado a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, un interesantísimo trabajo arqueológico, en el que se menciona la existencia de cuarcitas y sílex paleolíticos en *Azaña* (partido de Illescas). Las piezas prehistóricas recogidas en la finca de *Hontalba*, son atribuidas: dos de pedernal, al Musteriense, y cuatro de cuarcita, al Acheulense. Yo pongo en duda la remota edad de estas últimas, porque tras de ser hallazgos de superficie, la cuarcita es material pétreo en el que pueden labrar facetas las acciones atmosféricas, sobre todo, las variaciones bruscas de temperatura, tan características en nuestra meseta. ¡Ojalá la suerte nos deparase algún hallazgo de fauna fósil de edad correspondiente a la de las hachas talladas, que es lo que acabaría de resolver el problema!

Pero de todos modos, ya existe un nuevo yacimiento toledano que revela la presencia del hombre del Paleolítico inferior.

Y aún hay más; el hombre musteriense acampó en los altozanos fronteros a la capital. Yo he coleccionado algunos de los

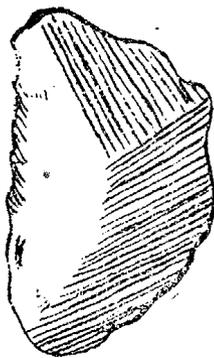


C. de la G'lor

Núm. 4.

Eolito procedente de «Valdecubas»,
cerca de Azucaica (Toledo).

(Gravera explorada por el autor).



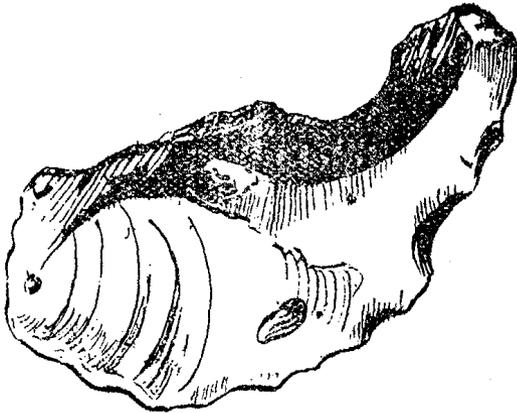
Núm. 5.

Eolito procedente de «Valdecubas»,
cerca de Azucaica (Toledo).
(Gravera explorada por el autor).

pedernales tallados por mano humana, procedentes del cerro de *Valdecubas*, en la carretera de *Mocejón* (orilla derecha del Tajo), y

de uno de los cerretes próximos a *Buenavista*, en la carretera de Avila. En las graveras que constituyen el coronamiento de dichos cerros, antiguas terrazas del Tajo, abandonadas hoy por el río, he recogido pedernales del tipo mustoriense, que serían labrados en la remota etapa en que el Tajo discurría a un nivel mucho más elevado que el de hoy.

Claro es que al lado de esos pedernales facetados que parecen gozar de autenticidad prehistórica, he hallado otros, alguno de los cuales conservo, en donde la Naturaleza, siempre juguetona



C. de la Flor.

Núm. 6.

Lasca musteriense, de pedernal, recogida por el autor, en una gravera de «Buenavista» (Toledo).



Núm. 7.

Lasca musteriense, de pedernal, recogida por el autor, en la gravera de «Valdecubas», cerca de Azucaica.

y presta a despistar la inteligencia humana, con sus sublimes artificios, ha hecho de un simple guijarro de pedernal, una hachita, un raspador o una raedera musterienses. ¡Guárdese el prehistoriador de los *eolitos naturales*! Así se llaman estos caprichos de la Naturaleza imitativos de útiles prehistóricos, pues ellos perturban y obsesionan de tal modo que, a veces, llegaríamos, sin la cautela necesaria, a remontar la antigüedad del hombre a la época de los Trilobites. Yo, que no me conceptúo más que como aficionado, siempre que en una gravera cojo un pedernal tallado, digo, por si acaso, lo que el famoso loco de Sevilla, a que alude CERVANTES en el prólogo de la Segunda Parte del *Quijote*: «guarda, Pablo, que es podenco». Máxime cuando hombres tan esclarecidos, como

M. BOULE (1), OBERMAIER (2), E. PATTE (3) y otros autorizados prehistoriadores, han puesto de relieve cómo pueden fabricarse eolitos industrialmente.

De los sílex recogidos en *Valdecubas* y *Buenavista*, tan sólo dos tienen, para mí, la pátina y el aspecto prehistóricos. (Véanse las figuras 4, 5, 6 y 7). Pero, ¿quién me dice que no sean también eolitos naturales? Si su talla fuese auténtica, los que proceden de *Valdecubas*, en la carretera de Mocejón, serían de edad musteriense (4), pues la fauna fósil hallada en aquellos terrenos, es la contemporánea de esa etapa prehistórica.

Como se acaba de ver, todos los hallazgos de útiles paleolíticos, que se han realizado, hasta el día, en la provincia de Toledo, han sido de superficie, es decir, diseminados por los terrenos, o en revuelta confusión con el material de las graveras. Esto impide tener datos exactos acerca de la verdadera cronología de los hombres que tallaron los pedernales toledanos prehistóricos. Hasta el presente, no se ha descubierto ningún yacimiento cuya ordenada estratigrafía, demuestre la permanencia del hombre primitivo, como morada definitiva en determinada localidad toledana. Podríamos decir que los paleolíticos de la provincia de Toledo, no tuvieron ni casa ni hogar. Buscando pedernal para sus instrumentos domésticos y defensivos, vagaron en irregulares correrías por los cerros de *Villaluenga* y *Esquivias* y por los terrenos de *Yepes*, *Romeral*, *Cabañas*, *La Guardia*, *Lillo*, *Magán*, *Camarenilla*, *Segurilla*, etc., a entrambas márgenes del Tajo, bordeado por dos grandes manchas de terreno mioceno que ofrecen yacimientos pedernalinos (5). La falta de investigaciones

(1) MARCELLIN BOULE. *Les hommes fossiles*. "Le problème de l'homme tertiaire. Págs. 133-136. 2.^a edición. París, 1923.

(2) HUGO OBERMAIER. *El hombre fósil*. Cap. I, pág. 11. Madrid, 1916.

(3) ETIENNE PATTE. *Une nouvelle fabrique industrielle d'eolithes, reproduisant des types du pliocène anglais*. "L'Anthropologie", T. XXXVI. Números 1 y 2, págs. 1-13. París, 1926.

(4) ISMAEL DEL PAN. *Restos fósiles de Proboscídeos existentes en el Gabinete de Historia Natural del Instituto de Toledo*. "Bol. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.", t. XXV, págs. 343-352. Madrid, 1925.

(En este trabajo se halla la descripción de un fragmento de molar atribuido al MAMUT, procedente de los terrenos de la derecha del camino de Mocejón próximo a Toledo.)

(5) S. MALLADA y E. DUPUY DE LOME. *Reseña geológica de la provincia de Toledo*. "Bol. del Instituto Geológico", t. XXXIII, pág. 99. Madrid, 1913.

ha hecho que no se hayan descubierto más útiles paleolíticos, a uno y otro lado del río en la provincia y en los alrededores de Toledo.

De estos centros naturales de producción de sílex, que podríamos llamar «centros de manufactura prehistórica», irradiarían para buscarse el alimento, con la caza, la que una vez ahuyentada o agotada en un lugar, haría levantar, a los prehistóricos, sus temporales campamentos, repitiéndose de un modo indefinido este flujo y reflujo de familias y tribus que usufructuaron el territorio toledano, pero sin que se pueda decir que llegaron a tomar posesión de él. Si se exceptúan los paleolíticos que hicieron vida en grutas o peñones-abrigos, los demás, como los primitivos errabundos de Toledo, no conocieron el sentimiento de una «patria chica». Sin el arraigo de un hogar: «ubi bene, ibi patria».

Neolítico y Eneolítico.—Nada sabemos del período de transición, del Paleolítico al Neolítico, en relación con la provincia de Toledo, pues hasta el presente, no se han citado yacimientos toledanos con restos de industrias azilienses o tardenoisenses. En los conocimientos de esta parte de la Prehistoria, existe, para Toledo, una verdadera laguna. En cambio, el Neolítico, hállase bien representado, pues son abundantes por toda la provincia los restos de industrias de aquellos hombres, más evolucionados en el sendero de la civilización, que conocieron el arte de la cerámica; fueron agricultores y ganaderos; sujetaron, bajo su dominio, a los animales salvajes, haciéndoles tascar el freno de la domesticidad; construyeron chozas y albergues, constituyendo asociaciones duraderas, y acompañáronse del perro y del caballo en sus trabajos y faenas habituales.

Finalizan con este período los tiempos prehistóricos, iniciándose el albor de las civilizaciones históricas. La Prehistoria cede su puesto a la Protohistoria, y con el conocimiento de los metales empieza una nueva era para la Humanidad. Al período de transición que establece el conocimiento del cobre, empleado para fabricar armas y útiles diversos, dieron los italianos el nombre de Eneolítico. De este período, también existen restos en esta provincia.

Respecto al Neolítico toledano, tampoco puede hablarse hasta ahora, más que de hallazgos de superficie, pues no hay noticia, que yo sepa, de *paraderos neolíticos, fondos de cabaña, sepulturas*

o *yacimientos* con estratigrafía que delaten etapas con una cronología clara. Tanto, que muchas veces, los utensilios de piedra pulimentada que se encuentran esparcidos por los terrenos o saca a flor de tierra el arado, pueden ser, lo mismo, neolíticos que eneolíticos.

No obstante, de la exploración realizada, por mí, en la finca de «La Alberquilla» (1), sita en la orilla izquierda del Tajo a cuatro kilómetros de la capital, parece deducirse la existencia de un verdadero yacimiento neolítico, pues allí encontré restos humanos, de animales salvajes y domésticos (dos especies de cabra, caballo, buey, ciervo, jabalí, etc.), amuletos, cerámica, lentejones de cenizas, como restos de hogares y, sobre todo, una abundancia extraordinaria de conchas de almejas de río, de una talla gigantesca (de 20 a 25 cm. de longitud y de 2 a 3 cm. de grueso), fragmentadas por lo general, todo lo que hace concebir fueron utilizadas como alimento. Ya véis que tales restos de sibiritismo neolítico, encontrados *in situ*, hablan elocuentemente del establecimiento asiduo de tales tribus, cerca del peñón toledano.

Pero de los restos neolíticos, de que se halla pletórica la provincia de Toledo, es de hachas pulimentadas, las que desde antiguo, viene llamando el pueblo «piedras de rayo». Prolijo sería enumerar aquí todas las localidades donde se han hallado hachas neolíticas. En este sentido, yo me atrevo a considerar, aquí, dos zonas: una, es la zona de los Montes de Toledo; otra, es la correspondiente a la depresión del Tajo. En la primera, merecen citarse, como notables, las localidades que siguen: *Mohedas de la Jara, San Pablo de los Montes y Mora*. Y en la segunda, *Illescas* (2), *Azaña, La Guardia, Azucaica, alrededores de Toledo, Torrijos, Oropesa* y otras más.

Los materiales pétreos de que están hechas la mayoría de las hachas son: fibrolita, de matices variados, diorita y diabasa. Es un hecho que todos estos materiales se encuentran, relativamente

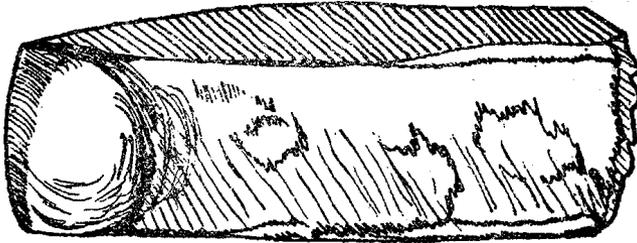
(1) ISMAEL DEL PAN. *El yacimiento prehistórico y protohistórico de "La Alberquilla," (Toledo)*. "Bol. de la Real Acad. de la Historia," t. LXXXI. Cuaderno II, págs. 149-151. Madrid, 1922.

(Los hallazgos de este yacimiento figuran en el Museo de la Real Academia de la Historia).

(2) D. Fernando de Aguilar, farmacéutico de Illescas, posee una magnífica y nutrida colección de hachas neolíticas.

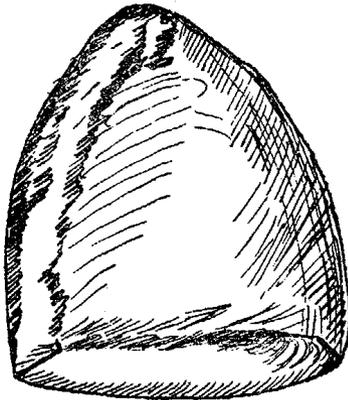
abundantes, en el escalón de roca neísica que se alza sobre el Tajo, al sur de nuestra capital, así como también en la zona silúrica de los Montes de Toledo, por lo que creo que esta parte de la provincia debió de tener gran interés, durante el Neolítico, para el suministro del material de instrumentos, que hasta pudo ser objeto de comercio y exportación, para las tribus habitadoras de la depresión ribereña.

Por lo demás, todas las hachas neolíticas que he tenido ocasión de estudiar, procedentes de la provincia, son de forma



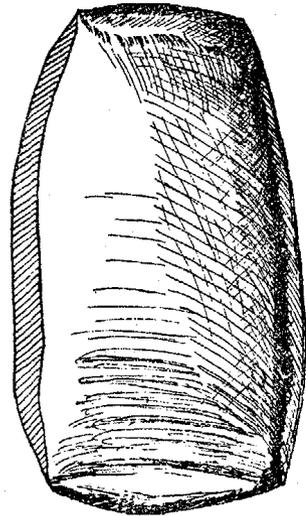
Núm. 8.

Cincel neolítico de diabasa, procedente de San Pablo de los Montes (Toledo).



Núm. 9.

Hachita neolítica, votiva, de la colección del Instituto de Toledo.



Núm. 10.

Hacha neolítica de fibrolita (?) oscura, procedente de San Pablo de los Montes (Toledo)

(Estas tres piezas, son de la colección del Instituto de Toledo.)

triangular o trapezoidal, y a veces talladas en forma de cincel, estrecho y acanalado, en el sentido de la longitud, a manera de gubia.

Las de mayores dimensiones, apenas si pasan de 16 cm., y la inmensa mayoría, chocan por su pequeñez. De todo esto se infiere que sólo las hachas grandes y los cinceles, debieron ser aplicados a los usos ordinarios: labra en madera y en piedra, o quizás como arma defensiva. Pero las hachas pequeñas, como varias de las que poseen el Instituto y el Museo Arqueológico de Toledo, deben ser hachas votivas, destinadas a fines religiosos o fúnebres. Algunas de estas hachitas han sido encontradas a la entrada de cuevas naturales (San Pablo de los Montes) o en sus cercanías, lugares de probables enterramientos.

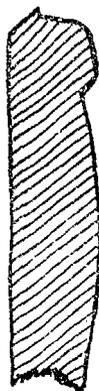
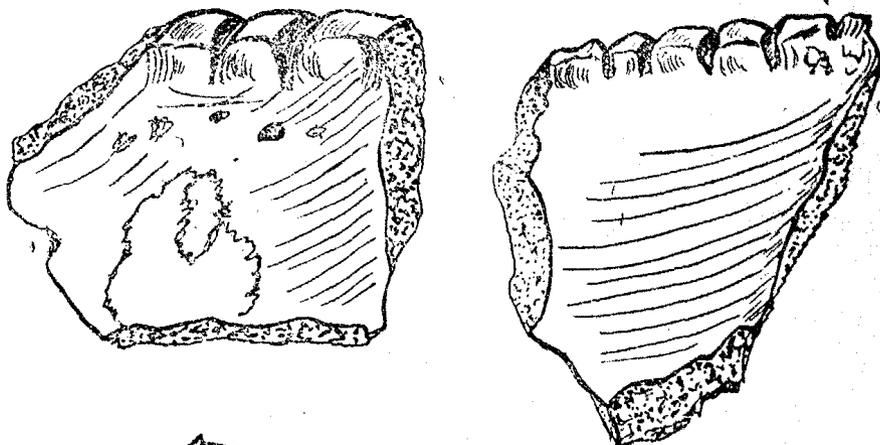
No abundan tanto, como las hachas, las obras de alfarería de los neolíticos toledanos. Y no es porque no exista en cantidad, en la provincia, el material arcilloso, a propósito para su elaboración, lo que hace hoy de la alfarería una manufactura netamente toledana, sino que sobre aquellos toscos y frágiles cacharros, de barro rojizo o negro, moldeado a mano y secado al sol, ha gravitado el peso de ¡ochocientos años!, en que los elementos naturales y las generaciones humanas, han rivalizado en su destrucción. Por eso no me es posible mencionar aquí otros ejemplares que los fragmentos de barro rojizo y negro, recogidos, por mí, en *La Alberquilla*, alguno que otro del *Cerro del Bú*, frontero a Toledo (1) y una vasija de barro negruzco, toscamente trabajada, y sin procedencia local determinada, que existe en el Museo Arqueológico Provincial.

La mayor parte de la cerámica prehistórica de Toledo, conocida hasta hoy, es de la Edad de los Metales y muy principalmente, del Período Eneolítico. De este período existen en la provincia, cacharros decorados al estilo de la llamada «cerámica de Ciempozuelos», como son los hallados en *Algodor*, *Bargas*, *Talavera*, y el hermoso ejemplar que, procedente de *Burujón*, posee el Sr. Conde de Cedillo. Además, recientemente, se han hallado, también, en *Azaña*, restos de cerámica eneolítica (2). Y aún se confirma más la existencia del hombre de este período en la provincia de Toledo, por los restos de útiles de cobre que se han encontrado, consistentes en hachas y objetos de adorno personal, de lo que puede

(1) M. CASTAÑOS Y MONTIJANO. *Excavaciones en el Cerro del Bú, de Toledo*. Toledo, 1905.

(2) PEREZ DE BARRADAS y FUIIDIO. Op. cit., presentada a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

citarse, como ejemplo, las hachas y puñal de cobre encontrados en



I.P.

Núm. 11.

Fragmento de vasija neolítica, con incisiones unguiculares, recogido por el autor, en el «Cerro del Bú» (Toledo).



I.P.

Núm. 12.

Fragmento de vasija neolítica, recogido por el autor, en el «Cerro del Bú» (Toledo).

Torrijos y Algodor, de los que, a título de noticia, se ocuparon en periódicos de la localidad conocidos toledanistas.

Monumentos megalíticos y sepulturas. Períodos del bronce y del hierro.—Es sabido que los monumentos megalíticos, constituidos por uno o varios bloques de piedra, en bruto o toscamente tallada, son los representantes de una arquitectura fúnebre, primitiva, nacida en el período Neolítico y perpetuada al través de los subsiguientes períodos del cobre, bronce y aun

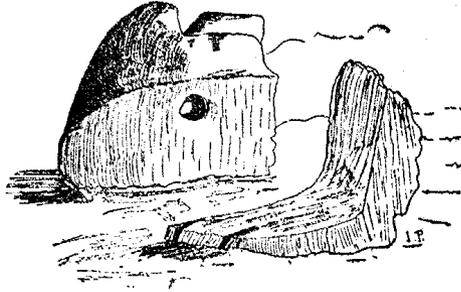
comienzos de la Edad del Hierro. Dicha arquitectura, inspirada en la creencia religiosa de la supervivencia del ser humano, después de la inhumación, se diversificó en construcciones funerarias, como los *dólmenes*, *menhires*, *cromlechs*, *alineaciones*, *cistas*, etcétera, y fué hija de una civilización esencialmente occidental y meridional, cuyos vestigios jalonan las comarcas litorales.

Así sucede en nuestra Península, en la cual tales restos arqueológicos se hallan distribuidos formando un marco costero, y abundan notablemente en la región andaluza, levante y en Portugal. En el centro de España, por lo menos hasta el día, eran en absoluto desconocidos. Por eso, yo solía sonreír, incrédulamente, cuando oía hablar de monumentos megalíticos en Toledo y su provincia. Tan imposible me parecía que pudieran encontrarse en ella. Toledo no es región de dólmenes ni de menhires. Sin embargo, a varios publicistas y eruditos toledanos, oí siempre citar monumentos megalíticos, ya en las proximidades de la capital, ya en la provincia. Y tratando yo de comprobar la veracidad de tal aserto, siempre tuve ocasión de observar que, cuando no era la etimología de la palabra (*μεγας*, grande, *λιθος*, piedra), era el noble afán de investigar las milenarias grandezas de Toledo, el que hacía ver a los toledanos, monumentos megalíticos, en las formas imitativas a que la erosión atmosférica, da origen, en rocas neísicas y graníticas.

Tampoco a MARTÍN GAMERO se le cocía aquello de la existencia de monumentos megalíticos en los alrededores de Toledo, a no ser, como dice en la página 41 de su Historia, que «a ellos quieran atribuirse aquellos caprichosos grupos de piedras, sobrepuestas, que se divisan en los cerros de la Virgen del Valle». Pero el tiempo se ha encargado de disipar, en esto, mi escepticismo y el de MARTÍN GAMERO, porque los SRES. OBERMAIER y BLÁZQUEZ han señalado, ha poco, la existencia de un dolmen, próximo a *Puente del Arzobispo*. Y yo mismo, no há mucho, he indicado la sospecha de un grupo dolménico en *Ventas con Peña Aguilera*, en donde menciono los restos de un posible *dolmen perforado* (1), destinado a permitir la salida del alma de los muertos allí enterrados. ¿Hay en *Ventas* restos de *cromlechs*,

(1) ISMAEL DEL PAN. *Datos prehistóricos y etnológicos, recogidos en algunos pueblos comarcanos de los Montes de Toledo*. "Bol. Soc. Esp. de Antr. Etn. y Prehist.", t. V, pág. 44-47. Madrid, 1926.

trilitos, cámaras sepulcrales y otros monumentos megalíticos? Mucho han de decir, para aclarar esto, los estudios y recientes



Núm. 13.

Dolmen perforado de Ventas con Peña Aguilera
(Toledo).

(De una publicación del autor.)

descubrimientos que allí está realizando nuestro Correspondiente y culto Médico, D. CASTO MARTÍN GONZÁLEZ.

Entre tanto, ya puede mencionarse la existencia de la cultura dolménica en Toledo. Mas, ¿de dónde irradió esa cultura? Dada la situación geográfica de nuestra provincia, y la existencia de focos dolménicos en Extremadura y Andalucía, es de suponer que aquellas tribus de arraigada creencia en la vida ultratumba, llegaron, quizá, a difundir ese arte funerario por el corazón de Castilla la Nueva en viajes y fluctuaciones, que para la provincia toledana tendrían su punto de partida en Extremadura, máximo si se tiene en cuenta la situación occidental y meridional de los restos dolménicos, hoy conocidos en la provincia de Toledo.

Más abundantes aún, que estos enterramientos colectivos, son las sepulturas, personales y bipersonales, que excavadas principalmente en neis y granito, se encuentran esparcidas por toda la provincia. Variables en su forma, pues las hay rectangulares, trapeziales, en forma de bañera, con escotadura simple y doble, etcétera; forman a veces en la provincia de Toledo, verdaderas necrópolis, que han sido objeto de la atención de algunos curiosos y eruditos toledanos.

Nada sabemos, con certeza, respecto a su edad; pero de lo que no cabe duda es de que fueron talladas con instrumentos de metal, por las huellas que sobre las mismas se aprecian. Algunas, pues, serán del Período Eneolítico (cobre), pero la mayoría, sospecho, que han de haber sido hechas en plena Edad del Hierro y

hasta pudieran calificarse de cristianas. Desgraciadamente, y a pesar de su abundancia, casi todas ellas han sido profanadas por ignorancia o por codicia, creyendo hallar tesoros, y esto nos ha privado de los restos arqueológicos que pudieran decir algo respecto de su edad.

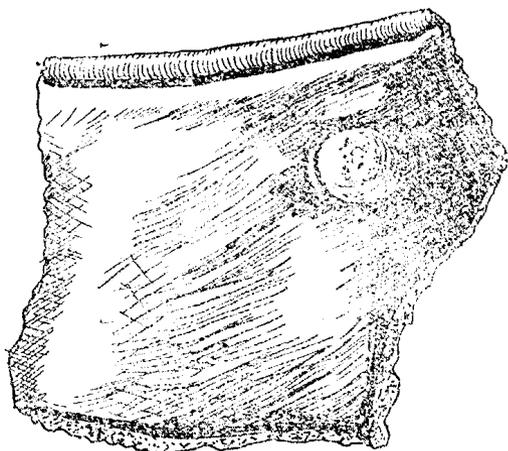
Aunque debiera sacrificarlo todo, en aras de la brevedad, dada la índole de este trabajo, no puedo menos de mencionar aquí la existencia del curioso «hipogeo de San Miguel», en Toledo. Yo he penetrado con místico recogimiento en sus tenebrosas galerías de trazado geométrico, planas de techo, y de sección trapecial, talladas en el neis granatífero y glandular, quizá hace miles de años. Y he llegado a pensar, en un principio, que pudo ser albergue de iberos o romanos; pero he parado mientes, más tarde, en que aquéllo pudo tener carácter fúnebre o religioso, y ha venido a mi mente, en seguida, la idea de una cámara sepulcral colectiva, del tipo megalítico, más evolucionada, quizá, que los monumentos de Menga y el Romeral en Antequera (1) y aprovechando, muy cuerdamente, en su construcción el gran monolito neísico, que ya les ofrecía el lugar sobre que se asienta Toledo.

Este monumento antehistórico constituye, por su naturaleza, uno de los problemas más interesantes de arquitectura megalítica, cuya solución han de dar: un estudio más detenido que el presente, y unas metódicas y concienzudas excavaciones. Esperemos, pues, a que un porvenir venturoso nos explique la verdadera índole de este recinto, que guarda, en la actualidad, alineadas en sus frescas galerías, gran número de panzudas tinajas, conteniendo en sus entrañas los clásicos vinos de Yepes o de Esquivias.

Como término de la reseña prehistórica, que hasta aquí vengo haciendo, diré que de las Edades del Bronce y del Hierro conserva vestigios la provincia de Toledo. Aparte de las sepulturas y monumentos, antes indicados, que hacen preciso el empleo de instrumentos de metal, se han hallado instrumentos y restos de cerámica que testimonian la existencia de esas civilizaciones. Y así, además de las hachas y algún puñal de bronce, hallados en los alrededores de Toledo y en diversos puntos de la provincia, tenemos algunas vasijas de barro negruzco, del tipo de los llamados «vasos mamelonados», característicos del Período del

(1) C. DE MERGELINA. *La Necrópoli tartesia de Antequera*. "Bol. de la Soc. Esp. de Antr. Etn. y Prehist.", t. I. Memoria IV. Madrid, 1922.

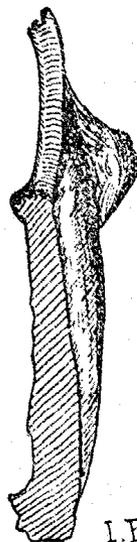
Bronce, como quizás ocurre con algunas de las vasijas que existen en el Museo Arqueológico provincial. Y en cuanto a los ves-



I.P.

Núm. 14.

Fragmento eneolítico, mamelonado, del «Cerro del Bú» (Toledo), recogido por el autor.



I.P.

Núm. 15.

Sección del fragmento eneolítico, mamelonado, del «Cerro del Bú» (Toledo).

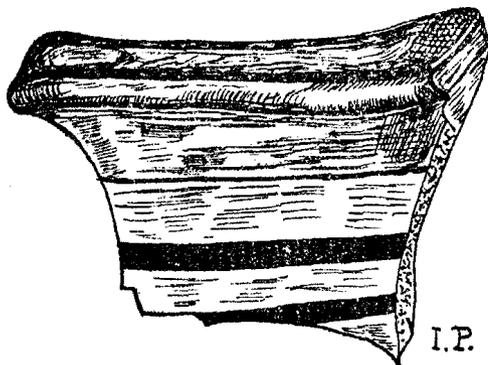
tigios de la Edad del Hierro, existen restos de cerámica, correspondientes a las épocas de Hallstatt y de la Tène (*Cerro del Bú*), «*La Vinagra*», *alrededores de Toledo*, etc. (1). Pero los hallazgos más interesantes, por su naturaleza y por marcar los linderos de separación de la Protohistoria y de la Historia, son los restos de cerámica ibérica que se vienen descubriendo en esta provincia («*La Alberquilla*», *Toledo*, *Azaña* (2), *excavaciones del Circo romano*).

La cerámica ibérica toledana, constituida por restos de platos, cuenquecitos con pie, jarritos, ánforas, etc., de barro rojizo, amarillo y gris, hállase decorada con motivos geométricos, rojizos o negruzcos, pintados, siendo, por lo general, círculos concéntricos, trazos verticales y fajas, cuya ornamentación relaciona este tipo

(1) ISMAEL DEL PAN. *Hallazgos protohistóricos de la orilla derecha del Tajo, en las inmediaciones de Toledo*. "Bol. de la R. Acad. de la Hist. Páginas 411-420. t. LXXVII. Cuaderno V. Madrid, 1920.

(2) *El yacimiento prehistórico y protohistórico de "La Alberquilla," (Toledo)*. "Op. cit.", págs. 143-145.

de cerámica, con la ibérica de Andalucía. ¿No podríamos ver, quizá, en esta correlación artística una prueba más en pro de la

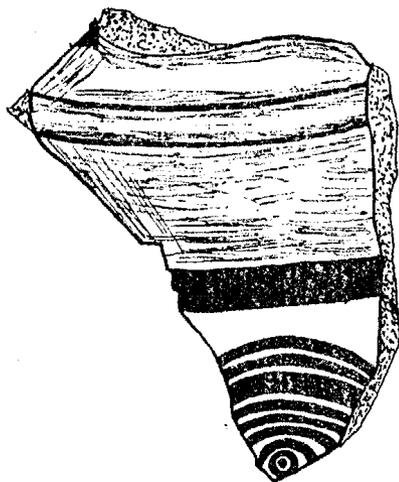


I.P.

Núm. 16.

Fragmento de cerámica ibérica, con ornamentación zonar, de color rojo, procedente de «La Alberquilla» (Toledo).
(Publicado por el autor.)

penetración en el centro de España de elementos ibéricos, cuyo origen hallaríase en Andalucía? Así parece ser, si se tiene, ade-



I.P.

Núm. 17.

Fragmento de cerámica ibérica, con ornamentación concéntrica, procedente de «La Alberquilla» (Toledo).
(Publicado por el autor.)

más, en cuenta opinión tan autorizada como la del Profesor BOSCH GIMPERÁ (1), en cuyo caso, y dada la situación geográfica

(1) PEDRO BOSCH GIMPERA. *Ensayo de una reconstrucción de la Etnología prehistórica ibérica.*

de la provincia de Toledo, bien pudiéramos asegurar que, en su territorio, dióse el primer pase para la constitución de un pueblo nuevo en la protohistoria española, el de nuestros ascendientes los celtíberos.

Ya véis cómo esta provincia ha sido teatro de las vicisitudes más diversas de la prehistoria española. El origen de Toledo se remonta mucho más allá de la época celta, en que lo colocaba MARTÍN GAMERO. Neolíticos y eneolíticos, debieron ya hollar, con su planta, el suelo toledano, hace unos ocho mil años, si no para establecer en él una población, de lo que sería fantástico hablar aquí, por lo menos para convertirlo en defensivo baluarte, y en lugar sagrado, donde dar paz a sus muertos. Que así hizo Dios a Toledo: fuerte y elevado, para guardar más cerca del Cielo que de la tierra las gloriosas cenizas del pasado.

Etnología y folklore toledanos.

Etnología.—Acabamos de echar una rápida hojeada, al remoto pasado de Toledo. Nada más justo, ni quizá más interesante, para llegar a comprender la importancia del papel biológico del pueblo toledano, en la historia, que el estudio de sus manifestaciones etnológicas actuales. Ellas nos darán exacta idea de sus energías raciales y, sobre todo, de las reservas espirituales y morales que, en momento oportuno, puede poner al servicio de la nacionalidad española.

No cabe duda que la Etnología es el nervio de la Historia, factor decisivo en los destinos de un país. Vista la Historia desde su campo, adquiere matices insospechados, pierde su antiguo sabor fatalista y adquiere la palpitante vitalidad, emanada de las acciones de un conglomerado consciente, en donde todo acto obedece a las leyes armoniosas de la biología social.

Dejar sin estudio las manifestaciones espirituales y materiales de un pueblo, es perder el hilo de su historia. Por eso, muy acertadamente, daba la voz de alarma, hace algún tiempo, D. LUIS DE HOYOS, eminente etnógrafo, ante el espectáculo entristecedor de irse extinguiendo el tesoro etnológico español, sin que de su rica cantera hayamos sacado, todavía, los indispensables materiales para construir nuestra etnografía nacional.

El sabio investigador, SR. HOYOS, repartió, profusamente, cuestionarios etnológicos, por todas las provincias españolas, y su

voz, llegó también hasta Toledo. Y aun cuando fué escuchada con entusiasmo, la magnitud del asunto para abarcarlo en plazo breve, la escasez de investigadores y los dispendios necesarios para llevar a cabo, viajes, observaciones, recolección de objetos, fotografías, dibujos, etc., referentes a estas cuestiones, ha hecho que aún no se haya llevado a cabo una labor etnológica, seria y concienzuda, en esta provincia. Algo se ha hecho, es verdad, en lo relativo al estudio del traje regional, pero aún está por hacer lo que concierne a la etnología de la vivienda, artes, profesiones, medios de transporte, instrumentos y útiles auxiliares de oficios, etcétera, etc. Así, pues, de desear sería que esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, tomase por su cuenta tan patriótica empresa, para honra suya, y en bien del país. Yo, en este instante, y en atención a lo que es este trabajo, seré sólo un turista que recoge matices del sugestivo conjunto de la Etnología toledana.

A tal efecto, me pararé unos instantes a considerar, entre otras manifestaciones etnológicas, para las que no hay espacio en este trabajo, la de la «vivienda rupestre», en la que no sólo se revela el carácter de los que la construyen, sino también la influencia del medio en que radica.

Permitidme que os recuerde una vivienda rústica, propia del vivir campesino de esta provincia: *el chozo*.

Yo recuerdo, que una vez, pasando por Layos, en el kilómetro 15 de la carretera, observé, a la izquierda, en medio de un campo arado, un *chozo* de forma perfectamente cónica, que por su construcción daba idea de solidez y hasta de permanencia en su habitación.

Me acerqué a él. La vivienda estaba hecha con juncos y anea, material seguramente recolectado a orillas del arroyo *Guajaraz*, que un poco más arriba serpentea, y que ostenta toda esa vegetación, en sus márgenes.

El junco forma haces atados sólo por uno de los extremos. Dichos haces están relacionados y ligados, formando trabazón empizarrada y a zonas, que hace difícil penetrar, dentro del *chozo*, agua y aire. En la base de la construcción y, rodeándola, hay tierra apisonada. El remate de esta picuda cabaña es el símbolo del cristianismo: la cruz. Al lado de esta vivienda hay otra más pequeña, pero de igual forma, que sirve de albergue a las gallinas.

Si curioso es el *chozo* en su exterior, aún lo es más por dentro. Resulta de bastante capacidad, aunque no tanta, para el número de personas que pernoctan en él, pues son catorce, entre hombres, mujeres y niños: obligada promiscuidad en que la Providencia coloca a los seres que viven en estado natural. El recinto es a la vez dormitorio y cocina. En el centro está el hogar, circuido por piedras. Allí, el fuego de esta vivienda, *casi neolítica*, lamerá con su llama el caldero de hierro, que por medio de un ganeho, puede colgarse del centro de esta cabaña. Y a la vez, en los crudos días del invierno, cuando el bloqueo de la nieve impida salir de allí a sus habitantes, calentará los rústicos lechos de junco y de paja, que a modo de camastro, rodean el hogar en el interior de esta vivienda.

Para darle solidez contra los vendavales, tiene por dentro esta choza una serie de troncos, o ramas gruesas, de árboles, que siguen las direcciones de las generatrices del cono, que forma el *chozo*, cuyos sostenes son, a la vez, de los haces de juncos y aneas, que forman la cubierta de tan primitiva casa. Una puerta, muy baja, sirve de acceso al interior de la cabaña, la que, desprovista de todo otro hueco, queda sumida en la más absoluta obscuridad cuando se cierra la mísera puertecilla. Es maravilloso cómo pueden permanecer tantas personas en el interior de esta cabaña, sin luz ni ventilación, cuando las inclemencias del tiempo impiden salir de allí a sus habitantes. Y aún sorprende más, cómo pueden pasar una noche, entera, en una atmósfera tan confinada e irrespirable....

¿A qué se dedica esta gente, y qué hace allí? Una mujeruca que tiende una ropilla, junto al *chozo*, nos lo explica. Aquello es una especie de tribu, dedicada, a la vez, al pastoreo y a la agricultura. Uno y otra, establecen, en su vida, la alternancia de periodos de estabilidad en el cultivo del campo, y de cambios de lugar cuando la tierra no produce ya lo suficiente o el pasto escasea. Estas gentes tienen sus rebaños, que apacientan, pero a la vez cultivan tierras, que toman en arriendo, sirviéndoles de abono para esas tierras, el estiércol producido por el ganado. Viven de continuo en el *chozo*, que construyen para un cierto tiempo de explotación de la tierra, y cuando la explotación termina, cambian de lugar y construyen una nueva vivienda en otro terreno. Estas gentes son pastores y agricultores a un mismo tiempo. Hay en su género de vida reminiscencias muy primitivas. La trashu-

mancia, impuesta por el pastoreo y la explotación de la tierra, y el sedentarismo agrícola, temporal, imprimen a esta vivienda carácter etnológico tan peculiar como el indicado.

Veamos, ahora, una adaptación constructiva de la vivienda rupestre al medio en que radica, para lo cual bastará con que nos fijemos en las viviendas trogloditas de la provincia de Toledo.

Una buena porción del territorio toledano hállase incluido en la denominada «estepa central española», y a ella corresponden los terrenos miocenos de la provincia y una pequeña parte de los diluviales. Toledo contribuye, en no escasa medida, a la constitución de la región manchega, pues en La Mancha se comprenden la casi totalidad de los suelos esteparios de las provincias de *Madrid, Toledo, Cuenca, Ciudad Real y Albacete*.

El medio estepario, con su clima rudo, su escasez de agua y su terreno ingrato, ha influido en la ecología de la vivienda de los rurales manchegos toledanos. Hija de las características del medio, es la morada troglodita, frecuente en los pueblos de *Villacañas, Quero, Romeral, La Guardia, Ontígola* y otros varios; como es también hijo del medio, el carácter manchego, noble, altivo, y lleno de sutiles agudezas, a cuya condición alude el vulgo, en este cantar:

"Si Dios fuera manchego,
no creyera en El,
que tienen los manchegos
mucho que entender.,,

Respecto a las viviendas de los actuales trogloditas toledanos, puede decirse que son de diversas clases, correspondientes a un tipo común. Las hay que consisten en cuevas más bajas que el nivel del terreno en que se asientan (*Villacañas*) (1). Otras, excavadas en un cerro, muestran varias habitaciones, sin más ventilación que la puerta de entrada; en tanto que otras se hallan ya provistas de una chimenea y aun de algunas ventanas, en la fachada natural del cerro.

(1) EDUARDO REYES PRÓSPER. *Las estepas de España y su vegetación*. Págs. 128-130. Madrid, 1915.

(Este interesante libro tiene un capítulo titulado *Los trogloditas esteparios*, en donde se hace mención de algunas viviendas trogloditas de la provincia de Toledo).

Un tipo curioso y bastante evolucionado, de estas habitaciones trogloditas, lo presentan las llamadas «cuevas de Ontígola», que visité y estudié, no há mucho.

Dichas viviendas hipogeas se hallan talladas a pico en un conglomerado mioceno, de gran dureza, por lo que el trabajo de construcción de la vivienda tiene que ser lento y de mucho esfuerzo. Vistas estas casucas, por el exterior, sólo muestran la puerta, un tanto trapecial, y como coronamiento, una chimenea en forma de tronco de cono, fabricada con los mismos materiales del conglomerado, antes dicho.

Unas junto a otras se alinean las puertas, acompañadas de algún que otro ventanuco, rasgado en la fachada natural del altozano. Por aquella grieta, más que ventana, penetra tan escasa cantidad de luz, que no basta a disipar las tinieblas, perennes, del interior de estas rudas y primitivas habitaciones.

Por medio de una rampa se llega hasta la puerta de la vivienda, y ya en el interior, se tropieza, primero, con una habitación o pieza en forma de rotonda, especie de recibidor y de cocina, pues a la izquierda se ve el hogar, tan primitivo como el de los pueblos pastores, sin más diferencia con el de éstos, que haber aquí una salida ascendente para los humos. En la casa que visité existía una excavación en la pared frontera a la puerta, destinada a sostener los cántaros para el agua. No existe fregadero, pues tanto para fregar el servicio de cocina, como para el lavado de la ropa, hay en el exterior de estas extrañas casas, unas curiosas tinas, hechas con la mitad de un tinajón de los de vino, partido en sentido longitudinal. La concavidad que proporciona este trozo de tinaja, sirve para contener el agua que se emplea en tales menesteres domésticos.

En esta primitiva habitación, con el humilde ajuar, que rebosa limpieza, vive feliz el hijo de la estepa toledana. Quizás no haya español que le supere en su arraigado sentimiento patrio, pues parece que su amor al territorio se centuplica en aquel medio inclemente y hostil. Aún me parece oír a una joven, habitadora de una de estas cuevas, en Ontígola, cuando me decía: «señor, estas viviendas, más que para personas, parecen hechas para refugio de alimañas, pero nosotros somos tan felices dentro de ellas, frescas en el verano y templadas en el rigor del invierno, que no las cambiaríamos por un palacio. No es poco decir que vivimos en *nuestra tierra y en nuestra casa*.

Y, ¿cómo no sentirse feliz, el que con tanto esfuerzo logra vencer a la Naturaleza, en lucha tan desigual, para conseguir un cobijo y un pedazo de pan? No se puede negar que así prende en el alma y se adueña del hombre el sentimiento de la propiedad, base de toda agrupación social. Sólo teniendo esto en cuenta, se explica el que esa muchacha de Ontígola, habitante de la estepa, sintiera la nostalgia de su pobre vivienda, cuando habitaba en una populosa ciudad, según manifestó, y que dejara la vida ciudadana para casarse en tan humilde pueblo, en donde había de terminar sus días, sepultada en vida, en aquella morada troglodita.

Ved, pues, por esos dos ejemplos, que acabo de exponer, referentes al estudio etnológico de la vivienda en Toledo, cómo la Etnología, en esta provincia, tiene interés extraordinario, pues cada problema que consideremos, es un verdadero filón inexplorado para llegar al conocimiento de cuestiones de gran valor histórico-social.

Otro tanto veríamos si nos detuviéramos a considerar los medios primitivos de transporte en esta provincia. Solamente con fijarnos en los medios que emplean en nuestra capital, los aguadores, para el transporte del agua de bebida a domicilio, tendríamos bastante material para un estudio, en que las aguaderas y las curiosas carretillas de mano, con sus primitivos tipos de rueda, alguno casi ibérico, habrían de suministrarnos consecuencias etnológicas de vital importancia. Pero quédese esto para la feliz ocasión en que se lleve a cabo la tarea de escribir la Etnología toledana.

Folklore.—Hó aquí una palabra anglosajona, tan popular, ya, entre los españoles como la más castiza castellana. Su contenido es «el saber del pueblo», esa mezcla de verdad y error acerca de la esencia de los fenómenos que se dan en su propio seno y en cuanto le rodea.

El pueblo es, por sí mismo, un archivo de practicismos y de experiencias heredadas que se acrecienta, en todos los tiempos, con nuevas aportaciones del pensar y del sentir de las generaciones que se suceden.

El «saber del pueblo», conjunto de creencias, supersticiones, ritos, costumbres, fiestas, juegos, leyendas, cuentos, dichos, refranes, etc., etc., no es algo fósil, permanente o imperecedero, sino algo que vive y se renueva. Y aunque la moderna civilización

parece haber desterrado muchas de las manifestaciones espirituales del pueblo, éstas no han hecho otra cosa más que sufrir determinadas transformaciones, que las ocultan a la faz de los actuales tiempos, pero cuya esencia y germen permanecen incólumes, soterrados bajo los últimos estratos de la masa popular.

La ley biológica de la renovación, aplicada a las manifestaciones psicológicas del pueblo, debe ser siempre norte y guía del investigador folklorista, si no quiere verse expuesto a constantes fracasos, buscando inútilmente arcaísmos que tomaron nuevas apariencias o que por ley inexorable, de todo lo que vive, caminaron a su extinción.

Esa misma ley de la renovación, que antes invoco, me hace apartarme de la opinión de los que afirman que todo lo popular debe conservarse cual si fuera *tabú* o cosa intangible. El pueblo tiene costumbres y manifestaciones que deben desaparecer como residuos bárbaros, que son, de una civilización primitiva y embrionaria, muchas veces atentatoria a las sanas costumbres, así como al vivir tranquilo y suave, patrimonio de la cultura, que es dulce libertad, nunca oprimida ni por la tiranía del espíritu ni por la aborrecible de la fuerza bruta.

Consecuente con lo que digo, estimo que aún debe intensificarse mucho más la labor difusora de la cultura en el pueblo. Muchas son las verdades que se encuentran en los dichos y sentencias de la masa popular, pero infinitos son también los contrasentidos y despropósitos, que se vierten en muchas de sus frases. La ciencia del pueblo es alcatoria y contigente. A propósito de esto, nunca olvidaré lo que respondió a otro, cierto campesino riojano, muy entendido en la previsión del tiempo: «fulano, ¿lloverá hoy? —Ya te lo diré mañana».

Claro es, que no quiero decir con esto que no merezca atención y estudio el saber popular. Antes al contrario, si el historiador y el estadista quieren asentar sobre base sólida las conclusiones obtenidas en sus estudios, así como el antropólogo y el etnógrafo en sus investigaciones, preciso es que conozcan a fondo las características espirituales de los pueblos que han de ser objeto de la historia o de dirección política. Quizá nada más importante para llegar al conocimiento de los elementos étnicos e históricos, que han intervenido en la formación de una nacionalidad, como el estudio detenido de su folklore.

El estudio folklórico puede llevarse a cabo desde un punto de

vista puramente arqueológico y comparativo, o bien desde el punto de vista histórico-social, como objetivo más inmediato y más humano. Este último criterio ha sido, hasta aquí, el seguido en nuestro país desde que se iniciaron estos estudios, bajo la propulsión del entusiasmo de aquel hombre eminente, que se llamó D. ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ.

En todos los casos es necesario advertir que la labor folklórica no ha de limitarse a una simple recolección mecánica de dichos, refranes, leyendas, costumbres, etc., que haría del estudio folklórico un acoplamiento, deslabazado, de datos sin finalidad alguna. TEÓFILO BRAGA, el gran maestro del folklore portugués, ya hace notar: «que si la compilación es útil y necesaria, también por otra parte tiene el defecto de la incongruencia irracional, el peligro de dar a estos estudios etnológicos una apariencia de frivolidad que los perjudica (1).

¿Cuál es la labor folklórica llevada a cabo en la provincia de Toledo? Escasa y desprovista de sistematización y método científico. Hasta el día sólo existen coleccionadas y publicadas ligeras muestras del rico tesoro del folklore toledano. Quizá la publicación más importante de este género, ha sido el libro *Tradiciones de Toledo*, de OLAVARRÍA y HUARTE, si bien los elementos folklóricos en que se basa, se hallan disfrazados por un bello tinte literario que les roba su valor pristino. Después de esto, sólo se han llevado a cabo en esta provincia, tanteos sin resultados, que aviven la llama del entusiasmo por estos estudios (2). Tales son la creación del centro provincial de Toledo en 1883 y la publicación de un número de la revista *Folklore de Toledo y su provincia*, por GALLARDO Y DE FONT. Esto es todo lo que se ha venido haciendo en la investigación del saber popular de Toledo, y la labor puramente recolectora de algunos cantares y refranes populares, llevada a cabo por el toledanista SR. MORALEDA. Podemos, pues, decir que el estudio del folklore toledano está por hacer, pues no sólo falta la labor analítica, sino también la tarea de acumulación de materiales.

Yo espero que esta Real Academia ha de tomar de su mano el resurgimiento de los estudios folklóricos en Toledo, haciendo

(1) TEÓFILO BRAGA. *O povo portuguez*. T. I, pág. 7. Lisboa, 1885.

(2) ALEJANDRO GUICHOT Y SIERRA. *Noticia histórica del folklore*. Páginas 183 a 184. Sevilla, 1922.

un llamamiento a los elementos intelectuales y eruditos de la capital y de la provincia, para que recojan cuantos elementos del saber del pueblo encuentren a su alcance. Mucho pueden hacer en pro de ésto, los Maestros, Sacerdotes, Médicos, alumnos de establecimientos de enseñanza de la provincia, quienes designados por los pueblos de su naturaleza y residencia, de ordinario, o en épocas de vacaciones, pueden recoger materiales importantísimos de labios del rústico y del inculto, siempre que procedan con alguna discreción, aportando, así, notable cooperación a la labor que puede desarrollar la Academia toledana, como centro provincial de folklore.

De los datos folklóricos de la provincia, que he logrado acopiar, se destacan, como elementos predominantes del saber popular toledano, residuos antiguos de la magia y hechicería, aplicados principalmente al curanderismo y medicina popular; fiestas que encierran dentro de sí, el culto de primitivas religiones (predominio del culto a los antepasados), y una extraordinaria agudeza de observación, unida a cierto amor propio, exagerado, en sus dichos y refranes.

Una de las manifestaciones de la magia, en el folklore toledano, es el «mal de ojo», que puede hacerse por personas iniciadas, a aquellos seres que peor pueden defenderse de sus efectos, animales, mujeres, niños, etc. Menos mal, que para contrarrestar el maléfico influjo, ha encontrado el pueblo un remedio infalible: el cuerno de ciervo. Aplicado a los animales (1), es el eficaz desfacedor del encantamiento, y para los niños, no hay mejor amuleto preservador, que una puntita de astil cervuno, acompañado de unos evangelios.

Más difícil es luchar contra los efectos del «mal de ojo», cuando el atacado es una persona mayor. A pesar de todo, también, entonces, tiene remedio para el mal el pueblo toledano. ¿Para qué han nacido, si no, esas mujerucas, que tuvieron la suerte de venir al mundo acompañadas de otra hermana? Esas *gemelas* son, precisamente las indicadas para quitar el «mal de ojo». Claro, que antes necesitan diagnosticarlo, y para ello, vierten en agua unas gotitas de aceite, que se extienden al caer, por lo general, o que-

(1) ISMAEL DEL PAN. *Un curioso amuleto empleado contra el mal de ojo en los borricos de algunas regiones españolas*. Soc. Esp. de Antr. Etn. y Prehist. Memoria XXII. T. III, págs. 47-55, Madrid, 1924.

dan, breve tiempo, reunidas. En el primer caso, la existencia del «mal de ojo», es evidente.

Entonces, entran en juego estas mujeres, denominadas *saludaoras*, quienes por medio de oraciones especiales, llegan a quitar el mal. De una *saludaora de Gálvez*, recogí la siguiente oración, que pronunciaba, misteriosamente, después de bendecir el agua y el aceite de la prueba:

“Dos te miraron,
tres te han de sanar,
Santa Ana parió a María;
Santa Isabel, a San Juan;
estas palabras son dichas,
son dichas muy de verdad;
y todo el mal que tuvieres
hoy te deseo quitar.

Si es en la cabeza, Santa Elena;
en los ojos, San Ambrosio;
en los brazos, San Ignacio.
Si es en el cuerpo,
el Divino Sacramento.
Si es en los pies,
el bendito San Andrés,
con sus ángeles, treinta y tres.

Jesucristo vive,
Jesucristo reina,
Jesucristo te defienda
de todo el mal que tuvieres.

Esta oración la repetía tres veces, rezando el Credo, cada vez que terminaba.

La expresada jerga de palabras cabalísticas, mezcladas con invocaciones a Jesús y a los Santos de la Corte celestial, no basta siempre para sanar a los enfermos del fatídico mal, y entonces, se aplican las operaciones mágicas, definitivas, que en la mayoría de los casos consisten en guardar, la *saludaora*, en su casa, durante cierto tiempo, un mechón de pelo, del cogote del paciente, hasta que éste sana, pues se cree que la influencia mágica bienhechora, que en torno suyo ejerce la *saludaora*, es capaz de influir a distancia sobre el enfermo, por intermedio del mechón de pelo cortado de su cabeza. Así me dijo otra *saludaora* de Cuerva, que había quitado muchos males, por este procedimiento.

En fin, el pueblo toledano bendice la misteriosa sabiduría de

todas estas mujeres, que disponen de la salud de tantos mortales, y ha llegado a rodearlas de una aureola de superioridad espiritual, que las transforma en populares sacerdotisas de Esculapio.

No se me oculta, que la creencia en el «mal de ojo» es una supervivencia de la magia medieval, que debió extenderse por toda la Península. Pero sí me interesa hacer constar, que su arraigo en la masa popular toledana, más que una cesión de la próxima región andaluza, en donde es frecuente la antedicha creencia, es quizá herencia espiritual del pueblo judío, que por tantos siglos se mantuvo en convivencia con los toledanos, aun cuando no fueran íntimas sus relaciones, al decir de los historiadores.

La creencia en el «mal de ojo», es una de las supersticiones más extendidas entre los judíos marroquíes (1), sobre todo en lo referente a los niños, llevándose a cabo prácticas mágicas similares a las de las *saludaoras* toledanas, para llegar a la curación, y aun se pronuncian ante el niño enfermo palabras rituales para preservarle del mal o quitárselo.

Cuántas veces he oído decir, también, a la gente del pueblo, en la capital toledana, cuando se besa a un niño: «¡Dios te bendiga!» Ello es inveterado, y jamás se omite esa fórmula ante los niños de pocos meses. Quién sabe si esas palabras son la panacea preservadora para el niño, por si alguien intentara inferirle el «mal de ojo». Así es en Asturias, donde para curar ese mal a las criaturas, se busca a la bruja y se le hace decir delante del niño: «Dios te bendiga» (1).

De todo esto, al curanderismo y a la terapéutica popular, no hay más que un paso. Cosa extendida es en Toledo y su provincia, echar mano, antes que del médico, de las *saludaoras*, *untadoras* y *curanderas*, en cuanto se declara en quiebra la salud de cualquier ciudadano de la masa popular.

Hay que ver con qué fe se entregan las pobres gentes a las *untadoras*, para sufrir de aquéllas un sin fin de restregones de barriga, en tanto, que tan *ilustres comentadoras de Hipócrates*, se

(1) A. PÉREZ ROBLES. *La fascinación en Marruecos. La superstición entre los judíos marroquíes*. Soc. Esp. de Antr. Etn. y Prehist. T. IV, cuaderno 3.º. Comunicación núm. 47, págs. 67-70, Madrid, 1925.

(1) AURELIO DE LLANO ROZA DE AMPUDIA. *Del folklore asturiano*. Pág. 111, Madrid. 1922.

hartan de hacer cruces y garabatos, con aceite de ruda y de otras hierbas, en el vientre del paciente..... Pero la fe popular, más sólida que las verdades de la Ciencia, todo lo allana, y pronto quedan libres de todo mal, quienes se someten a tan extrañas operaciones. Lo mismo que la dolencia radique en la cabeza, en el estómago o en los pies, la *untadora* opera en el abdomen, que por algo se ha dicho «que tripas llevan piernas.» A buen seguro, que éstas *untadoras* hubieran reducido, pronto, con su masoterapia, la hidropesía, ficticia, diagnosticada por el Doctor Lafuente, en aquella dama de «La ilustre fregona».

Pues en cuanto a la profilaxis de enfermedades y a los remedios, se agotaría el papel, después de verter aquí un mar de tinta, si enumerase todos cuantos se aplican entre el pueblo toledano. Baste citar, como ejemplos, que en *Gálvez*, como medida preventiva contra la epidemia variolosa, toman grandes tazas de infusión de boñiga de vaca. En *Menasalbas*, dicen que desaparece el dolor de muelas, enjuagándose la boca, el doliente, con sus propias orinas. En *Ventas con Peña Aguilera*, curan la hernia aplicando sobre ella un lagarto, que «después de abierto vivo, haya sido frito antes de que muera». Pues en *Consuegra* dicen, que no hay nada mejor para curar las cortaduras o los eritemas del sudor, como llevar en la cinta del sombrero, la «yerba de cortaduras» o el «cardo setero» hasta que se sequen, que es cuando sana el enfermo. Y, en fin, a qué seguir, la terapéutica popular toledana es tan abundante y fecunda, no se si por herencia musulmana, que después de sus aplicaciones a los enfermos, quedan éstos en condiciones de que, cualquier «Galeno» de nuestros días, certifique su defunción.

Pero así es el pueblo; pesado bloque que se opone al avance de la civilización, y que antes fenece, víctima de sus creencias y supersticiones, que abjurar de ellas para amoldarse a nuevos rumbos y normas de vida, distintos de los que le llegan por las tradiciones y experiencia intuitiva de su propio seno.

Un arsenal de datos folklóricos interesantísimos, contienen las fiestas y romerías de la masa popular toledana. Poco es, en verdad, lo que en este campo se ha espigado todavía; algo hizo el erudito Médico de Ventas Sr. *Martín González*, pero aún falta muchísimo que observar y coleccionar en este sentido.

Como fiesta que acusa un remotísimo origen, y que recuerda, en cierto modo, el culto zoolátrico de los animales astados, está

la llamada «Fiesta de la Vaca» en *San Pablo de los Montes* (1), que se celebra en este pueblo el 25 de enero, en honor de su patrón San Pablo. Un mozo, lleva un palo largo, adornado con cintas de seda, de variados colores, y en el extremo, dos cuernos de vaca, también adornados. Forman la comparsa dos mozos, de los cuales, uno va disfrazado de pastor, y otro de mujer, en tanto que otros dos más, van provistos de cencerros. Toda su diversión consiste, en correr en sentido inverso de la procesión, el día del Santo, y en hacer correr a los forasteros por delante de ellos, gritando: «Ahí va la vaca».

Algunas fiestas, ya desaparecidas, como la que celebraban el día de San Blas, los pueblos de *Santa Olalla* y *El Casar de Escalona*, titulada: «La conquista del árbol», recuerda un poco el culto animista, dedicado a los árboles en la antigüedad. Afortunadamente, para la cultura del país, desapareció esta fiesta, porque en «La conquista del árbol», se originaban todos los años batallas campales que causaban víctimas y aumentaban los rencores pueblerinos (2). Igualmente, por su carácter salvaje, han desaparecido las fiestas llamadas: «La Caracola» y «El Tarugo» en *El Casar* y en el pueblo de *Paredes*.

Verdad es, que aún existe en *Ajofrín*, otra fiesta o romería el día de la Virgen, su patrona, en que el cura es manteado en la iglesia por los mozos del pueblo, *distracción* que, a pesar de su carácter tradicional, introduce el sarcasmo y la ironía en el recinto sagrado del templo (3).

Si de las fiestas y romerías pasamos a los detalles costumbristas, de funerales y entierros, veremos destacarse con vigor, elementos del antiguo paganismo. Para no ser prolijo, citaré que en *Navalucillos*, cuando fallece algún vecino, figura como aditamento, en los funerales, la «ofrenda mortuoria de pan y vino», en cantidad proporcional a la calidad de las pompas fúnebres que se hagan al difunto (4). En varios pueblos comarcanos de los *Montes de Toledo*, existe la costumbre del «Banquete fúnebre», comida que da a los asistentes al entierro, la familia del difunto. Y en

(1) Referencia comunicada por el antiguo Maestro Nacional de San Pablo de los Montes, D. Valentín Hornillos.

(2) Referencia de mi discípulo, el Abogado de Santa Olalla, D. Félix Sánchez Caro.

(3) Referencia de mi discípulo, D. Gerardo López-Abad, de Ajofrín.

(4) Referencia de D. Juan Díaz, Maestro Nacional.

Ajofrín, antiguamente, cuando moría un niño, obsequiaban a los muchachos que acudían al entierro, con «vino y *torraos*» (1). ¿No es acaso este ejemplo, un recuerdo de las antiguas libaciones en honor al individuo fallecido?

En fin, el folklore toledano es, como se ve, rico tesoro aún no puesto a la luz de la crítica histórica. Materia tiene para escribir más de un libro, en donde se refleje todo lo que este noble pueblo siente y quiere. Su esencia espiritual, cristalizada está en sus refranes y cantares. ¿Puede haber, acaso, copla, que a su gracia sutil, una la intención que ésta, alusiva a los deseos de las toledanas casaderas?

«Al Cristo de la Vega
van las mocitas;
a la Vega del Cristo,
que no a la Ermita».

Pues no se queda atrás, este refrán antiguo, en el que respira por la llaga, el pueblo dolorido:

«Abril y señores, todos son traidores»

Hay refranes meteorológicos, que no tienen desperdicio, sobre todo algunos, como el siguiente, cuya exactitud comprobarán los que vivan o hayan vivido, en invierno, en la capital toledana:

«Airecito que viene de Bargas, que hace llorar a los niños con barbas».

En efecto, en invierno, el aire de Bargas, como viento norte, es tan frío y sutil, como pueda serlo el llamado «Guadarrama», para Madrid.

Hé aquí otro refrán, que según parece, fué obra de alguien que no era de Toledo, ni quedó muy contento de la esplendidez de los indígenas:

«El convite del toledano; bebiérades si hubieses almorzado».

Tampoco debió de ser bautizado, en ninguno de estos pueblos, el autor de este cantar-refrán;

«No compres borrica en Chueca
ni casa en Almonacid;
ni te cases en Sonseca
ni vivas en Ajofrín».

(1) Referencia de mi discípulo *D. Gerardo López-Abad*.

En cambio, pronto echaréis de ver la naturaleza del que ésto escribiera:

“Ajofrín tiene fama
de buenos mozos;
Sonseca de borrachos,
Chueca de flojos,,.

Vése en estos dos cantares, el espíritu puntilloso, local, del pueblo toledano, que, a pesar de todos los defectos que pueda tener su pueblo natal, le hace defender a capa y espada la patria chica.

También es dado, a veces, el pueblo toledano, a tener en una mano el ramo de flores, y en otra el palo, y lo que en ocasiones pondera, le sirve para realzar algún defecto. Ahí va la muestra:

“De Yuncos y de Recas
son las hermosas:
las tinajas de vino,
que no las mozas,,.

No sé por qué, los toledanos, ponen siempre gran empeño en no aparecer manchegos, aun cuando, en realidad, a la Mancha pertenece gran parte de su territorio. Quizá, pues, del seno de los toledanos recalcitrantes, surgió el siguiente dicho, el cual, eliminando de él la parte agresiva, puede ser un reflejo del espíritu místico y aventurero que flota en el ambiente de la llanura manchega:

“El manchego, fraile, ladrón o arriero,,.

CONCLUSION

Habéis llegado al fin de este discurso, señores Académicos. Y digo, *habéis*, porque de vosotros ha sido el trabajo, abrumador, de haberlo escuchado. Ahora, ya creo, que con los hechos, os habréis convencido de mi inutilidad. Prevalido de que no me habéis puesto cortapisas, he abusado de vuestra benevolencia. Más os valiera haberme impuesto aquel conciso y filosófico mandato, grabado en letra gótica, en un púlpito, donde predicó *San Vicente Ferrer*, en Mondragón: «Diga poco y bueno». Y yo, como mal predicador, dándome ese aviso, no me hubiera atrevido a subir al púlpito.

En lo único que creo haber estado acertado, es en el título que he dado a este discurso, pues que su asunto, no forma un verdadero cuerpo de doctrina, ni siquiera llega a ser un programa para acometer, con vigor, el estudio prehistórico y etnológico de la provincia de Toledo. Lo que yo he hecho aquí, es algo parecido al «deber», que a regañadientes, presentan al profesor los colegiales, para no quedarse sin recreo.

Es, simplemente, una reseña de lo hecho en Prehistoria respecto a Toledo, con algunas apostillas, mal hilvanadas, a las que van anejos, unos cuantos puntos de vista de los más culminantes, acerca de lo que pueden dar de sí los preciosos materiales de la Etnología y el Folklore de la provincia. ¡Cuán grande sería mi satisfacción si este esbozo prehistórico-etnológico estimulase a algunos intelectuales toledanos a colaborar en la construcción del magno edificio de los orígenes y de la antropobiología de Toledo!

Hágase, por la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias históricas de Toledo, un llamamiento a todos cuantos sientan amor

por estos estudios, sean o no Académicos, para que cada uno contribuya a intensificarlos, ya con el simple objeto, hallado al ras-car la tierra con el arado, en zanjos o excavaciones de canteras, terraplenamientos, etc., ya con la humilde colecta de un dicho, refrán, cantar o tradición, recogidos de los labios del pueblo. Así se hace la Historia, comenzando por sus cimientos y seleccionan-do sus materiales, y de este modo, alcanzará esta Academia uno de sus positivos fines; el de convertirse en un centro de estudios toledanos; de investigación, de información y aun de divulgación.

Llevando a cabo esta tarea, llegaríamos a obtener como fruto, el conocimiento interesantísimo del origen y de la constitución étnica actual, del pueblo toledano, datos de vital interés para su historia, con tanto éxito y lucimiento cultivada, en otros aspectos, por ilustres Académicos de nuestro seno.

Los estudios prehistóricos, ayudados por la Antropometría, quizás contribuyesen a dilucidar el por qué de la preponderan-cia, en Toledo, de cráneos braquicéfalos, sobre el resto de la Península, donde domina la dolicocefalia (cabezas alargadas). Y, por último, la investigación de la Etnología y el saber popular de la provincia de Toledo, nos diría mucho acerca de cómo y en qué medida contribuyeron árabes y judíos a la constitución actual del pueblo toledano (1).

Hasta en el rasgueo de las guitarras, de su rondar nocturno pueblerino, el alma toledana, pone en sus notas ardientes la béli-ca vibración de un pueblo apasionado, valiente, emprendedor, aventurero, sin obstáculos para su marcha a través del mundo y de la Historia, Y al escuchar, en el silencio de la noche, la copla amorosa, que es arrullo para la moza y reto para el rival, recuer-do, dulcemente, a mi querida patria chica, a la Rioja, y siento que por un momento, los dos ríos, más netamente españoles, el Tajo y el Ebro, confundidas sus brisas, me acarician y regalan mi oído

(1) J. DE LAS BARRAS DE ARAGÓN. *Estudio de los cráneos procedentes de tres necrópolis visigodas*. (Necrópolis visigoda de Carpio de Tajo (Toledo)).

Actas y Memorias de la Soc. Esp. de Ant. Etn. y Prehist. T. VI. Cuadernos I y II, págs. 163-186. Madrid, 1927.

El autor de este interesante trabajo afirma que: «en Toledo el índice cefálico parece haber subido de un modo manifiesto, lo cual hace pensar en una influen-cia étnica, importante, posterior a la época visigoda, que actuó sobre esa región disminuyendo la dolicocefalia».

con la dulcedumbre amorosa, y férvida majeza de estas dos coplas, una toledana; de Rioja la otra:

“Agua menudita cae
y gotean las canales;
abre la ventana, cielo,
que soy aquel que tú sabes,,.

—
“Echala, tú, que eres majo,
y tú, que eres atrevido;
más vale estar en la cárcel,
que en el hospital, herido,,.

HE DICHO

Toledo, 1927.



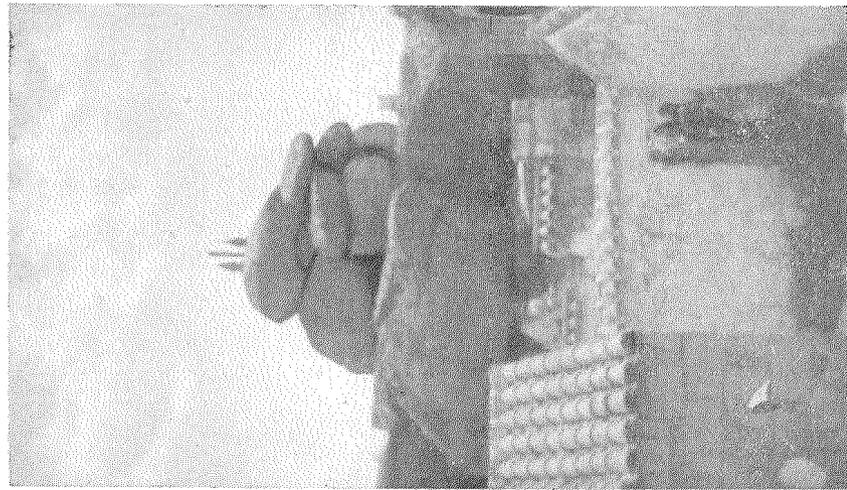
Detalle de algunas de las viviendas trogloditas de Ontigola.

(Cliche del autor.)



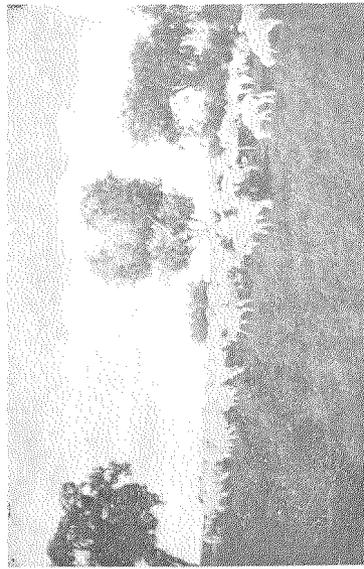
Un borrico de Polán (Toledo) con el amuleto de asta de ciervo, colgado al cuello.

(Cliche del autor.)



Formas naturales de erosión, imitativas de monumentos megalíticos, en Ventas con Peña Aguilera.

(Cliché del autor.)



Dos momentos interesantes, del vivir castellano, en las cercanías de Toledo.

(Clichés del autor.)